

sitios, ya de por sí salvajes. Pero un recuerdo no es tan temible como un espíritu; y nunca el pescador, al que hace retardar la tempestad, al amarrar su lancha en la caleta de Rodolfo, había visto á los duendes reír y danzar entre azules almas sobre los peñascos, ni á las sílfides correr sobre la yerba en su carro de fósforo tirado por gusanos de luz, ni á los santos remontarse al cielo despues de hacer oracion.

Sin embargo, si la noche que siguió á la furiosa borrasca, á las oleadas del mar y á la violencia del viento hubiesen permitido á algun descarriado marinero arribar á aquella bahía hospitalaria, hubiera sentido acaso supersticiosos temores al contemplar á tres hombres, que dicha noche estaban sentados alrededor de una inmensa hoguera encendida en medio del soto. Dos de ellos estaban cubiertos con grandes sombreros de castor y llevaban los anchos pantalones que usan los mineros reales. Desnudos hasta el hombro, enseñaban los brazos, y en botines de cuero envolvian los piés; cinturón de lienzo carmesí sostenia sus sables corvos y sus largas pistolas; llevaban pendiente del cuello una trompa de cuerno; viejo era el uno y el otro jóven; la espesa barba del anciano y la larga melena del jóven aumentaban la aspereza de sus fisonomías, naturalmente duras y severas.

Era fácil reconocer en el compañero de los dos mineros á un montañés del Norte de la Noruega en su gorra de piel de oso, en su casaca de cuero, en el fusil que á modo de bandolera llevaba sobre la espalda, en su calzon corto y estrecho, en sus rodillas desnudas, en sus sandalias de corteza de árbol y en la resplandeciente hacha que llevaba en la mano.

Quien hubiera visto de lejos aquellas tres estrañas figuras, sobre las que la luz de la hoguera, agitada por las brisas del mar, proyectaba reflejos rojos é intermitentes, con razon se hubiera asustado, aunque no creyera en espectros ni en demonios; bastaba para asustarse creer en ladrones y ser algo más rico que un poeta.

Aquellos tres hombres volvian con frecuencia la cabeza hácia el sendero del bosque que desembocaba en la llanura de Rodolfo, y, á juzgar por sus palabras, esperaban á un cuarto personaje.

—Sabeis, amigo Kennybol, que á esta hora no esperaríamos con tanta tranquilidad al enviado del conde de Griffenfeld

en la pradera vecina, la del duende de Tulbytilbet, ó allá bajo en la bahía de San-Cuthberd?

—No habéis tan alto, Jonás, respondió el montañés al viejo minero. ¡Bendito sea Ralph el Gigante que nos protege! El cielo me libre de volver á poner los piés en el soto de Tulbytilbet! El otro día fui allí á coger un poco de ojiacanta y solo cogí mandrágora, que empezó á manar sangre y á gritar, y poco me faltó para perder el seso.

El jóven minero se rió.

—¡Ese efecto produjo en tu pobre cerebro el grito de la mandrágora!...

—Tú serás el de pobre cacúmen, contestó enojado el montañés; ya ves, Jonás, si ese jóven es loco: se rie de la mandrágora como un insensato que juega con una cabeza de muerto.

—Hace mal, añadió Jonás, ó sino que vaya á la gruta de Walderhog, á la que las cabezas de todos los que asesina Han de Islandia vuelven por la noche á bailar alrededor de su cama de hojas secas, rechinando los dientes para adormecerle.

—Es cierto, aseguró el montañés.

—¿Pues no nos prometió Hacket, á quien esperamos, repuso el jóven, que Han de Islandia se pondria al frente de la insurreccion?

—Lo prometió, y con la ayuda de ese demonio venceremos á todas las ropillas verdes de Drontheim y de Copenhague.

—Tanto mejor, replicó el viejo minero, pero yo no me encargaré de estar de centinela de noche cerca de él.

En este momento el ruido de las hojas secas, pisoteadas por un hombre, llamó la atención de los interlocutores; volvieron éstos la cabeza, y, á la luz de un rayo de la hoguera, conocieron todos al que llegaba.

—Es él... es el señor Hacket.—Bien nos habeis hecho esperar. Más de tres cuartos de hora hace que estamos aquí.

El señor Hacket era pequeño y grueso, iba vestido de negro, y en su rostro jovial se marcaba siniestra expresion.

—Dispensadme, amigos míos, les dijo; tardé tanto porque no conocia bien el camino, y además, he necesitado tomar muchas precauciones. Esta mañana he visto al conde de Schumacker y me encargó que os entregase esas tres bolsas de oro.

Los dos viejos lo tomaron con avidez, con la avidez de los hijos de la pobre Noruega; pero el jóven minero rechazó la bolsa que Hacket le ofrecia.

—Guardad vuestro oro, señor mensajero, le contestó; mentiria si dijera yo que me rebelo por el conde Schumacker, á quien no conozco. Yo me rebelo por emancipar á los mineros de la tutela real; me rebelo por que la cama de mi madre no tenga la manta acuchillada como las costas de Noruega, nuestra patria.

Lejos de desconcertarse Hacket, respondió sonriendo:

—Pues entonces, Norbith, enviaré este dinero á vuestra anciana madre para que compre dos mantas nuevas que os preserven de los frios de este invierno.

El jóven hizo con la cabeza un signo afirmativo, y el enviado, como hábil orador, apresuróse á añadir:

—Os encargo que no volvais á decir que no tomáis las armas por Schumacker, conde de Griffenfeld.

—Sin embargo, murmuraron los dos viejos, aunque nos consta que se oprime á los mineros, no conocemos á ese conde, prisionero de Estado.

—¡Es posible que seais ingratos hasta ese extremo! repuso imperiosamente Hacket; gemiais en los subterráneos, privados de aire y de luz, despojados de toda propiedad, esclavos de la más onerosa tutela, y acudió en vuestra ayuda, reanimó vuestro valor y os dió oro y armas el noble conde de Griffenfeld, más esclavo y más desventurado aun que vosotros. Despues que os colmó de beneficios, ¿rehusareis serviros de ellos para conseguir su libertad, juntamente con la vuestra?

—Teneis razon, contestó el jóven; seria eso una verdadera ingratitud.

—Pues, añadieron los dos ancianos, pelearemos por el conde de Schumacker.

—¡Animo, amigos míos, subleaos en su nombre! ¡Que el nombre de vuestro bienhechor suene desde un confin al otro de la Noruega! Tengo además que participaros que todo favorece nuestra empresa; vais á veros libres de un formidable enemigo, del general Levin de Kund, que gobierna la provincia. El poder secreto que posee nuestro noble señor vá á conseguir que á dicho general se le llame á Berghen. Ahora bien, decidme: ¿están ya preparados todos vuestros compañeros?

—Mis hermanos de Guldranshal, dijo Norbith, solo esperan mis órdenes. Mañana mismo si quereis...

—Mañana, pues; sois el jefe de esos jóvenes mineros, y es menester que ellos sean los primeros que levanten el estan-

darte. ¿Y vos qué me decís, valeroso Jonás?

—Seiscientos valientes de las islas de Fa-roér, que solo se alimentan desde hace tres días de cabra montés y de aceite de oso en el bosque de Berdallas, esperan el toque del cuerno de su antiguo capitán Jonás en la aldea de Lævig.

—Muy bien. Y vos, Kennybol?

—Todos los que usan hacha en las gargantas de Kole y trepan por las peñas sin rodilleras, están dispuestos á unirse con sus hermanos los mineros en cuanto los necesiten.

—Pues anunciad á vuestros compañeros, para que no duden de la victoria, añadió Hacket levantando la voz, que Han de Islandia será su jefe.

—Eso es cierto? preguntaron los tres á la par con acento en el que se mezclaba la expresion del terror á la de la esperanza.

El enviado respondió:

—Os esperaré á los tres dentro de cuatro días, á esta hora, con vuestras columnas reunidas, en la mina de Ap-syl-Corh, cerca del lago de Smiasen, en la llanura de la Estrella Azul. Han de Islandia me acompañará.

—No faltaremos, contestaron los tres jefes. ¡Y que Dios no abandone á los que ayuda el demonio!

—Nada temais por parte de Dios, dijo Hacket sonriendo. En las antiguas ruinas de Crag encontrareis banderas para vuestras tropas. No olvideis el grito de: *Viva Schumacker! Libertemos á Schumacker!* Ahora ya es preciso que nos separemos, porque ya vá á amanecer; pero antes juradme que guardareis inviolable secreto de lo que acaba de pasar entre nosotros.

Los tres jefes, sin responder ni una sola palabra, se abrieron la vena del brazo izquierdo con la punta del sable, y en seguida, cogiendo la mano de Hacket, dejaron caer en ella algunas gotas de sangre.

—Teneis ya nuestra sangre, dijeron.

Luego el más jóven gritó:

—¡Que se derrame toda la mia, como la que vierto en este momento; que todos mis proyectos sean juguete de espíritu maléfico, como una paja del huracán; que mi brazo sea de plomo para vengar una injuria; que los murciélagos habiten en mi sepulcro; que vivo, me persigan los muertos, y muerto, profanen los vivos mi cadáver; que mis ojos se inunden de lágrimas, como los de una mujer, si hablo jamás de lo que ha sucedido á esta

hora en el soto de Ralph el Gigante! Que los santos protectores me escuchen! —Amén, repitieron los dos viejos!

Después se separaron y solo quedó en el soto la hoguera medio apagada, cuyos moribundos reflejos subían por intervalos hasta la cima de las arruinadas y solitarias torres de Ralph el Gigante.

XIX.

TEODORO.—Huye, Tristan, por aquí.
TRISTAN.—Notable desdicha ha sido.
TEODORO.—Si nos habrá conocido?
TRISTAN.—No sé; presumo que sí.
(LOPE DE VEGA.—El perro del hortelano.)

Benigno Spiagudry no podía explicar-se qué motivo tan poderoso podía tener Ordener, que le parecía rico y era muy joven, para declararse voluntario agresor de Han de Islandia y arriesgar así la vida. Varias veces, desde que se pusieron en camino, había abordado directamente esta pregunta; pero el joven aventurero guardaba obstinado silencio acerca del motivo de su viaje. No había sido más feliz el pobre viejo en la aclaración de las demás curiosidades que naturalmente debía inspirarle su extraño compañero.

En una ocasión le preguntó sobre la familia y cómo se llamaba:—Llamadme Ordener, respondió el joven, que pronunció respuesta tan poco satisfactoria con tal tono, que no daba lugar a réplica de ninguna especie. Tuvo, pues, Spiagudry que resignarse á no saber más, pensando que él también escondía cuidadosamente en la mochila un cofrecillo misterioso, cuyo secreto á nadie hubiera revelado.

Cuatro días hacia ya que salieron de Drontheim, sin haber adelantado mucho en su camino, ya por causa de los extragos causados en el terreno por la pasada tempestad, ya también por tener que atravesar sendas y vericuetos, que el fugitivo conserje creía prudente tomar para huir de sitios frecuentados. Después de haber dejado á la derecha á Skongen, llegaron á las orillas del lago Sparbo, al anochecer del cuarto día.

Presentaba sombrío, pero magnífico espectáculo la inmensa sábana de agua, reflejando los últimos rayos del día y las primeras estrellas de la noche en un cerro de altas rocas, de pinos negros y de gigantescas encinas. El aspecto de un lago, contemplándolo de noche, produce algunas veces, á cierta distancia, singular ilusión óptica, como si un abismo prodigioso, atravesando el globo de parte á

parte, dejase ver el cielo al través de la tierra.

Detúvose Ordener á contemplar aquellos antiguos bosques druidicos que, como una cabellera, cubren las montuosas orillas del lago, y las cabañas de Sparbo, desparramadas por la falda de la montaña, como rebaño desordenado de ovejas blancas.

Escuchaba el lejano rumor de las fraguas (1) que se confundía con el sordo mugido de los inmensos bosques mágicos, con los gritos intermitentes de los pájaros silvestres y con la grave armonía de las olas del mar. Al Norte se alzaba majestuosamente, encima de la pequeña aldea de Oelme, un enorme peñasco de granito, iluminado aun por el sol.

Complacen al alma, cuando está triste, los espectáculos melancólicos, que ella sombrea más con toda su tristeza. Si un desgraciado se encuentra entre gigantescas y ásperas montañas, junto á un lago sombrío, ó en un oscuro bosque, en el momento en que el día vá á desaparecer, ven sus ojos esta escena grave, esta naturaleza tétrica, como por entre un velo funeral, y no le parece que el sol se pone, sino que se muere.

Meditando estaba Ordener silencioso é inmóvil, cuando exclamó su compañero:

—Honra á cualquiera, noble señor, meditar profundamente ante el lago de Noruega que contiene mayor número de pleuronectos.

Ordener, distraído, no hizo caso de esa observación: el sábio conserje continuó hablando:

—Permitidme, señor, que os saque de vuestra contemplación para hacerlos observar que el día finaliza y que necesitamos darnos prisa si queremos llegar á la aldea de Oelme antes de que acabe el crepúsculo.

Como era exacta la observación, Ordener se puso en marcha, y Spiagudry le siguió, continuando sus reflexiones acerca de los fenómenos botánicos y fisiológicos que ofrece á los naturalistas el lago Sparbo; el joven apenas le escuchaba.

—Señor Ordener, le decía el conserje, creed á vuestro afectuoso guía y abandonad vuestra empresa. Estableceos aquí, en las orillas de ese lago tan curioso, donde podríamos entregarnos juntos á multitud de doctas investigacio-

(1) Las aguas del lago Sparbo son célebres para el temple del acero.

nes, como por ejemplo, á la de la *stella canora palustris*, planta singular, que muchos sábios creen fabulosa, pero que el obispo Arngrin sostiene haberla visto en las orillas del Sparbo. Añádase á esto que tendríamos la satisfacción de habitar el suelo de Europa que contiene mayor cantidad de gisod, y que menos frecuentan los sicarios de la Themis de Drontheim. No os sonríe esta idea? Renunciad á vuestro insensato viaje, porque esa empresa es peligrosa y no ofrece provecho, *periculum sine pecunia*.

Ordener no prestaba atención alguna á las palabras del pobre hombre, y sostenía solo su conversación con monosílabos insignificantes, que los que son muy habladores toman por respuestas. De este modo llegaron á Oelme, en cuya plaza se observaba á la sazón movimiento inusitado.

La mayoría de los habitantes de la aldea salían de sus casas y acudían á apiñarse alrededor de un cerro circular, que ocupaban varios hombres, uno de los cuales tocaba un cuerno, agitando por encima de la cabeza una banderola blanca y negra.

—Sin duda será algún charlatan, dijo Spiagudry; algún miserable de esos que convierten el oro en plomo y las llagas en úlceras. Veamos qué invención infernal trata de vender á esos babcas. ¡Si al menos esos impostores se limitasen á engañar á los reyes! si imitasen al dinamarqués Borch y al milanés Borri, alquimistas, que engañaron completamente á Federico III! Pero no lo hacen así, porque tanto necesitan el maravedí del aldeano como los millones del príncipe.

Spiagudry estaba equivocado: al acercarse al montículo nuestros viajeros, reconocieron que uno de los hombres que llamaban la atención era un síndico, como lo denotaba su traje; este síndico estaba rodeado de algunos arqueros. El hombre que tocaba el cuerno era el pregonero.

Asustado el fugitivo conserje, decía en voz baja á Ordener:

—En verdad, señor, que no esperaba encontrar un síndico en este villorrio. Protéjame el bendito San Hospicio! ¿qué diablos irá á decir?...

No fué larga su incertidumbre, porque en seguida sonó la voz chilion del pregonero, que escuchó con religiosa atención la multitud de los habitantes de Oelme.

—“En nombre de su majestad, y por

órden de su excelencia el general Levin de Kund, gobernador, el síndico mayor de Drontheimnuss hace saber á todos los habitantes de las ciudades, pueblos y aldeas de la provincia, que por la cabeza de Han, natural de Klipstadur, en Islandia, asesino é incendiario, se ofrece el premio de mil escudos reales.”

Resonó vago murmullo en el auditorio; el pregonero prosiguió:

—“Por la cabeza de Benigno Spiagudry, nigromántico y sacrilego, ex-conserje del Spladgest de Drontheim, se ofrece el premio de cuatro escudos reales. Publicarán este edicto en toda la provincia los síndicos de las ciudades, pueblos y aldeas que están encargados de facilitar su ejecución.”

El síndico tomó el edicto de manos del pregonero, y dijo con voz lúgubre y solemne:

—“La vida de esos dos hombres pertenece al que la quiera.”

Fácilmente comprenderá el lector con qué emoción escucharía la anterior lectura el infeliz Spiagudry. Las primeras muestras de terror, que no fué dueño de reprimir en el primer instante, hubieran llamado la atención del grupo que le rodeaba, á no absorberse enteramente la curiosidad de oír al pregonero.

—La cabeza de Han puesta á precio! exclamó un viejo pescador que acababa de adherirse al grupo, arrastrando sus redes húmedas. Tanto valdría ofrecer un precio por la cabeza de Belcebú.

—Para guardar proporción entre Han y Belcebú sería menester, dijo un cazador, que ofreciesen nada más que quince escudos por la cornuda cabeza del último demonio.

—Gloria á la Santa Madre de Dios! exclamó una vieja. Quisiera ver la cabeza de Han de Islandia para cerciorarme de que sus ojos son dos áscuas, según se cree.

—No cabe duda, contestó otra vieja; pegó fuego á la catedral de Drontheim mirándola nada más. Por mi parte quisiera ver al monstruo entero, con su rabo de serpiente, con sus piés ahorquillados y sus alas de murciélago.

—Quién os ha contado esas patrañas? la preguntó el cazador con aire fátuo. Yo he visto á Han de Islandia en las gargantas de Medsyhath; es un hombre como los demás.

—De veras? preguntó con expresión singular una voz que salía de la muchedumbre.

Esa voz, que estremeció á Spiagudry,

era de un hombrecillo cuyo rostro desaparecía debajo de un ancho sombrero de minero, y cuyo cuerpo cubría una especie de estera de junco y de piel de vaca marina.

—Pues no, repuso con risa sándia un herrero que iba cargado con un gran martillo; aunque me ofrecieran por la cabeza de Han mil ó dos mil escudos, no iría á averiguarlo.

—Ni yo, contestó el pescador.

—Ni yo, ni yo, repitieron muchas voces.

—El que quiera averiguarlo, añadió el hombrecillo, encontrará mañana á Han de Islandia en las ruinas de Arbar, junto al lago Smiasen, y pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—¿Estais seguro de lo que decís, buen hombre?

Así preguntó, al mismo tiempo que Ordener, otro hombrecillo bastante obeso, vestido de negro y de jovial fisonomía, que salió, al oír tocar el cuerno al pregonero, de la única posada que había en el pueblo.

El hombrecillo del sombrero grande examinó á ambos un momento y respondió con sorda voz:

—Sí, estoy seguro.

—Y ¿cómo lo sabéis para poderlo asegurar? le preguntó Ordener.

—Sé dónde está Han de Islandia, como sé dónde está Benigno Spiagudry: ni uno ni otro están lejos de aquí en este instante.

Los pasados terrores volvieron á acometer al pobre Benigno, que apenas se atrevía á mirar al hombrecillo misterioso, y que ya se creía poco seguro á pesar de su disfraz. Tiró á Ordener de la capa, diciéndole en voz baja:

—Señor!... en nombre del cielo! ¡por compasión... por piedad! ¡vámonos... vámonos!...

Ordener, sorprendido como él, examinaba atentamente al hombrecillo, que, vuelto de espaldas hácia la luz, parecía empeñado en ocultar su rostro.

—Benigno Spiagudry, dijo el pescador, es muy alto y flaco; le ví en Drontheim, en el Spladgest. Solo ofrecen cuatro escudos por su cabeza.

El cazador soltó una carcajada.

—Cuatro escudos! No seré yo el que le cace. Más cara se paga la piel de una zorra azul.

Esta comparacion, que en otras circunstancias hubiera parecido muy necia al sábio conserje, le tranquilizó entonces. Iba á pedir á Ordener, sin embargo, volver á emprender el camino, cuando

éste, sabiendo ya lo que deseaba saber, se anticipó á los deseos de Spiagudry, saliendo del grupo, que comenzaba ya á deshacerse.

Aunque antes tenían intencion de pasar allí la noche, salieron ambos del pueblo, como movidos por un convenio tácito, sin comunicarse siquiera el motivo de la precipitada partida: el de Ordener era la esperanza de encontrar pronto al bandido, y el de Spiagudry el deseo de alejarse cuanto antes de los arqueros.

Ordener era un espíritu demasiado grave para chancearse con la desventura de su compañero de viaje, y con voz afectuosa rompió el silencio, preguntándole:

—¿Recordais, anciano, el nombre de las ruinas donde mañana se ha de encontrar Han de Islandia, segun nos dijo aquel hombrecillo que parecia saberlo?

—Lo ignoro; no le oí bien, señor, respondió Spiagudry, que, en efecto, no mentía.

—Será preciso, pues, que nos resignemos á no encontrarle hasta pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—La gruta de Walderhog! esa es la guarida predilecta de Han de Islandia.

—Pues encaminémonos á ella, dijo Ordener.

—Tomemos hácia la izquierda, y en menos de dos dias llegaremos á la caverna de Walderhog.

—¿Sabéis quién es aquel hombre singular que dijo que os conocía?

Esta pregunta volvió á despertar en Spiagudry los temores, que empezaban ya á debilitarse á medida que se alejaban de la aldea.

—Sabe Dios que no le conozco, respondió con voz trémula. Pero tiene una voz muy singular.

Ordener procuró tranquilizarle.

—Nada temais, anciano; servidme bien y no os faltará mi proteccion. Si venzo á Han de Islandia os prometo, no solo alcanzar vuestro perdon, sino tambien entregaros dos mil escudos reales que ofrece la justicia.

El pobre Benigno apreciaba en mucho la vida, pero no apreciaba menos el dinero. Las palabras de Ordener fueron para él palabras mágicas; no solo desvanecieron su terror, sino que despertaron en él la jovialidad ridícula que se desprendía de sus largos discursos, de sus raras gesticulaciones y de sus doctas citas.

—Noble señor, le dijo, aunque tuviese que sostener una controversia con Over-

Bilsenth, alias el *hablador*, sostendría que sois un jóven digno y apreciable. ¿Qué cosa más digna, en efecto, ni más gloriosa que exponer noblemente la vida por libertar á la patria de un bandido, de un demonio, en el que todos los mónstruos, los bandidos y los demonios parece que se hayan reunido? Y esto sin que sórdido interés os guíe: el noble señor Ordener abandona la recompensa del combate á su compañero de viaje, al viejo conserje que le ha de conducir á una milla de la gruta de Walderhog; ¿porque no es verdad, noble señor, que me permitireis que espere el resultado de vuestra ilustre empresa en la aldea de Surb, situada á una milla de la gruta? Cuando se sepa vuestra brillante victoria, la Noruega entera sentirá un orgullo semejante al de Veremundo el Proscrito, cuando desde la cumbre de este mismo peñasco de Oelme, que ahora estamos costeano, distinguió la hoguera que Hafdan habia encendido en señal de regocijo sobre el castillo de Munckholm.

Al oír este nombre le interrumpió Ordener, preguntándole:

—¿Desde lo alto de estas peñas se distingue el castillo de Munckholm?

—Sí, señor; á distancia de doce millas al Sur, entre las montañas que llamaban nuestros padres los Trastos de Frigga. A esta hora se distingue perfectamente el faro de la torre.

—¿Debe haber algun sendero que conduzca á la cumbre de estas rocas? pregunto Ordener, deseando ver al menos por última vez el sitio en donde se cerraba su felicidad.

—Sí; hay un sendero que empieza en el bosque que vamos á entrar y se levanta con suave pendiente hasta la altura de las rocas, sobre las que se continúa la ascension por escalones labrados en las peñas por los compañeros de Veremundo el Proscrito, en cuyo castillo desemboca. Podreis ver sus ruinas á la luz de la luna.

—Pues indicadme el sendero, y en esas ruinas pasaremos la noche, en las ruinas desde las que se vé el castillo de Munckholm.

—Eso quereis?... Tan fatigados que estamos de la marcha...

—Yo os ayudaré á subir, anciano; en la vida estuve menos cansado.

—Pero señor, ¿y las zarzas que obstruyen ese sendero, abandonado ya hace tantos años, y las piedras desprendidas, y la noche?...

—Yo marcharé delante.

—¿Y si encontramos algun animal dañino, algun mónstruo?...

—No he emprendido este viaje para huir de los mónstruos.

La idea de detenerse tan cerca de Oelme desagradaba á Spiagudry; la de ver el faro de Munckholm y acaso la luz de las ventanas de Ethel, encantaba y atrastraba á Ordener.

—Noble señor, dijo el conserje, renunciad á ese proyecto; tengo el presentimiento de que nos será fatal.

—Vamos, contestó Ordener impaciente, y no olvideis que os habeis comprometido á servirme bien. Quiero que me indiqueis ese sendero; dónde está?

—Vamos á llegar á él al instante, contestó Spiagudry, que se vió obligado á obedecer.

Poco tardaron en llegar al sendero indicado; entraron en él y Spiagudry observó con asombro y sobresalto que las altas yerbas estaban tendidas y rotas, y que el antiguo sendero de Veremundo el Proscrito parecia haber sido hollado recientemente.

XX.

ENRIQUE.— Aquí á vuestro servicio estoy.
LEONARDO.— Una buena nueva os doy, que os llama el rey.
ENRIQUE.— Cómo así?
(LOPE DE VEGA.— La fuerza lastimosa.)

Ante papeles esparcidos sobre la mesa, entre los que se ven cartas recien abiertas, el general Levin de Kund medita. Un secretario, de pié junto á él, espera sus órdenes. El general ya dá golpes con las espuelas sobre la rica alfombra que se extiende á sus piés, ya juega distraido con la condecoracion del Elefante, que lleva pendiente del cuello con el collar de la orden. De vez en cuando abre la boca para hablar y luego se para y se pasa la mano por la frente y echa una ojeada sobre los despachos abiertos que cubren la mesa.

—Diablura semejante! exclamó por fin.

Siguió un momento de silencio á esta concluyente exclamacion.

—¿Quién habia de imaginarse, prosiguió diciendo, que esos endiablados mineros llegarían á tal extremo? Es indudable que secretas instigaciones los han impelido á la rebelion.—¿Sabéis, Wapherney, que es grave este asunto? Quienientos ó seiscientos canallas de las islas Fa-roër, á las órdenes de un antiguo bandido llamado Jonás, han desertado

de las minas. Un jóven fanático, que se llama Norbith, se ha puesto al frente de los descontentos de Guldranshal; en Sumd-Moer, en Hubfallo y en Kongsberg, esos cabecillas que esperaban la señal, acaso se hayan sublevado ya. También los montañeses toman parte en esta rebelion, y uno de los más atrevidos zorros de Kole, el viejo Kennybol, se ha proclamado su jefe. Además, es voz general en todo el Norte del Drontheimnus, y así lo aseguran los síndicos que me escriben, que el famoso bandido, el formidable Han, cuya cabeza hemos puesto á precio, manda en jefe la insurreccion. Existe en este deplorable asunto una circunstancia que no me explico, y es que el prisionero Schumacker sea el autor de la rebelion. Esto, que no admira á nadie, es lo que á mí me admira más. Difícil me parece que un hombre cuyo trato complace tanto á Ordener, sea un traidor; y sin embargo, se asegura que los mineros se han sublevado en nombre de Schumacker: su nombre es su grito de orden y su bandera, y le dan los títulos de los que el rey le privó.—Pero ¿cómo es que la condesa de Ahlefeld conocia ya estos detalles hace seis dias, cuando aun no se manifestaban los síntomas reales de la insurreccion en las minas? Es necesario fijarse en todo. Venga mi sello, Wapherney.

El general escribió tres cartas, las selló y se las entregó al secretario.

—Que entreguen estos pliegos al baron Vethaun, coronel de los arcabuceros que están actualmente de guarnicion en Munckholm, para que su regimiento se dirija á marchas forzadas contra los rebeldes.

Orden para el comandante de Munckholm para que se vigile más que nunca al ex-canciller. Será preciso que yo vea é interrogue á Schumacker. Que envíen esta otra orden á Skongen para el mayor Wolhm, que manda en dicha plaza, para que dirija una parte de las tropas que la guarnecen al foco de la insurreccion. Id, Wapherney, y que se ejecuten inmediatamente estas órdenes.

El secretario salió, dejando al gobernador embobado en sus reflexiones.

—El asunto es más serio de lo que parece á primera vista. Allí los mineros insurrectos, aquí la intrigante esposa del canciller, y el loco de Ordener... ¿dónde está? Quizás viaje por donde están esos bandidos, dejando aquí, bajo mi proteccion, á Schumacker, que conspira contra la seguridad del Estado, y á su hija, por

cuya seguridad alejé del castillo á la compañía en que está Federico Ahlefeld, acusado por Ordener.—Pero ahora pienso que esa compañía podria contener las primeras columnas de los insurgentes; su posicion es á propósito para conseguirlo. Walhtrom, donde ésta está de guarnicion, se halla junto al lago Smiasen y de las ruinas de Arbar. Es uno de los puntos por donde indudablemente se extenderá la rebelion...

Interrumpió los cálculos del general, en este momento, el ruido de la puerta que se abria.

—Qué ocurre, Gustavo?

—Mi general, un mensajero desea hablar á vuecencia.

—Qué será? Algun desastre?... Que entre el mensajero.

El mensajero apareció y entregó unos pliegos al general Levin.

—Señor, le dijo, son de parte de su serenidad el virey.

El gobernador abrió los despachos precipitadamente.

—Por San Jorje! exclamó con un movimiento de sorpresa, todos están locos! ¿Pues no quiere el virey que vaya á reunirme con él en Berghen! Dice que es para un negocio urgente y por orden del rey. ¡Buen momento ha elegido para tratar de un negocio urgente!—“El gran canceller, que visita actualmente el Drontheimnus, suplirá vuestra ausencia...” Suplente del que yo no me fio...—“El obispo le aconsejará...” ¡Verdaderamente elige Federico buen par de gobernadores para un pais en el que se enciende la rebelion! Un canceller y un obispo!...

—Sin embargo, ya que el rey lo manda, no hay más remedio que obedecer.—Antes de ponerme en camino quiero ver á Schumacker é interrogarle. Conozco que tratan de hundirme en un mar de intrigas, pero yo tengo para navegar una brújula que no me engaña jamás, la conciencia.

XXI.

Parece que todo adquiriera una voz para acusarle de su crimen.
(CANT.—Tragedia.)

—Sí, señor conde, hoy mismo podemos encontrarle en las ruinas de Arbar. Muchas circunstancias me hacen dar crédito á esa preciosa noticia que ayer tarde adquirí por casualidad en la aldea de Oelme.

—Estamos lejos de esas ruinas?

—El guia me aseguró que estaremos

allí antes del medio dia; debe ser cerca del lago de Smiasen.

Así conversaban dos personajes á caballo y envueltos en capas oscuras, que muy de madrugada seguian una de las muchas veredas estrechas y sinuosas que cruzan en todos sentidos el bosque situado entre los lagos de Smiasen y de Sparbo. Un guia montañés, provisto de su bocina y armado con su hacha, les precedia montado en un jamelgo, y detrás de ellos marchaban cuatro ginetes armados hasta los dientes, hácia los que volvian la cabeza los dos personajes, como si temiesen ser oídos.

—Si el bandido islandés se encuentra en las ruinas de Arbar, decia uno de los personajes que seguia respetuosamente algo detrás del otro, hemos hecho la gran jugada, porque lo más difícil es encontrar á ese sér invisible.

—Lo creo, Musdæmon; pero ¿y si desecha nuestras ofertas?

—Imposible, señor, imposible! ¿Qué bandido resiste al oro y á la impunidad?

—Ya sabeis que ese bandido no es un malvado vulgar. No le juzgueis por vos mismo: si no admitiera, ¿cómo cumpliríais la promesa que hicisteis la noche pasada á los tres jefes de la insurreccion?

—En ese caso, noble conde, en ese caso, que tengo por imposible, si no seducimos al verdadero Han, ¿ha olvidado vuestra gracia que un falso Han de Islandia me espera dentro de dos dias, á cierta hora, en el punto donde he citado á los tres jefes? En la Estrella Azul, sitio por cierto muy inmediato á las ruinas de Arbar.

—Siempre teneis razon, mi querido Musdæmon, le contestó el conde; y uno y otro volvieron á concentrarse en el círculo particular de sus reflexiones.

Musdæmon, que tenia interés, como buen favorito, en sostener el buen humor de su señor, hizo una pregunta al guia, con el objeto de distraerle.

—Buen hombre, ¿qué es esa especie de cruz medio destruida que se distingue allá arriba, detrás de aquellas encinas?

El guia, hombre de miradas fijas y de rostro estúpido, volvió la cabeza y la meneó varias veces, diciendo:

—Oh! ese es el patíbulo más antiguo de Noruega; el santo rey Olao lo hizo construir para un juez que hizo pacto con un bandido.

Musdæmon vió en el rostro del conde expresion muy contraria á la que esperaba al oír las sencillas palabras del guia.

—Vaya, prosiguió éste; es una aventura muy curiosa; la abuela Osias me la contó. El bandido fué el encargado de ahorcar al juez.

El inocente guia no se apercibió de que la aventura con que queria entretener á sus viajeros era casi un ultraje para ellos.

Musdæmon le interrumpió:

—Basta, basta; ya conocemos esa aventura.

—Insolente! murmuró el conde para sí. ¡Ah, Musdæmon, ya me las pagarás todas juntas!

—Me pareció que hablaba su gracia? dijo Musdæmon con aire obsequioso.

—He pensado en los medios para conseguiros el orden de Dannebrog, y creo que el casamiento de mi hija Ulrica con el hijo del virey será una excelente coyuntura...

Musdæmon hizo mil protestas de celo y de gratitud.

—Pero hablemos de nuestros asuntos. ¿Creeis que haya llegado al general Levin la orden del llamamiento momentáneo?

—Creo, señor conde, que el mensajero del virey debe encontrarse ya en Drontheim, y por consiguiente, el general debe ponerse en camino en seguida.

—Esa disposición, amigo mio, dijo el conde con voz afectuosa, es uno de vuestros golpes magistrales, una de las intrigas mejor concebidas y más hábilmente ejecutadas.

—El provecho que de ella resulte pertenece á vuestra gracia como á mí, replicó Musdæmon, que cuidaba siempre, como ya se ha dicho, de mezclar al conde en todas sus maquinaciones.

Conocia el conde el pensamiento secreto de su confidente, pero aparentaba ignorarlo.

—Sois siempre modesto, mi querido secretario íntimo, pero yo no desconozco vuestros eminentes servicios. La presencia de Elfega y la ausencia del general Levin aseguran mi triunfo en Drontheim. Soy el jefe de la provincia, y si Han de Islandia acepta el mando de los rebeldes, que yo mismo quiero ofrecerle, sobre mí redundará á los ojos del rey la gloria de apaciguar tan peligrosa insurreccion y de coger preso al formidable bandido.

Así hablaban en voz baja, cuando el guia, volviendo la cara hácia ellos, les dijo:

—Hé aquí á la izquierda, señores, el montículo sobre el que Biordo el Justo